

de la ley y mandamientos de Dios; lo cual representaba aquel niño hermoso que en sus brazos tenía.

Con estas y otras semejantes visiones quiso nuestro señor revelar y manifestar a su siervo fray Martín aquellas gentes de la Gran China, de las cuales no había noticia en aquel tiempo, ni de la navegación y derrota que se había de tomar para descubrirlas. Mas ahora las vemos descubiertas y el camino para ellas cursado y trillado de los nuestros; y sabemos que es gente de mucha capacidad, policía y extraño gobierno; y no falta sino que mueva Dios el corazón de su rey, para que admita en sus tierras la predicación del Santo Evangelio; lo cual podemos creer será cuando hallare el Señor aparejados y dispuestos los corazones de los antiguos cristianos, con el verdadero celo de su honra y gloria, y de la salvación de aquellas almas, sin mezcla de interés de sus temporales haciendas y señoríos.

CAPÍTULO X. *De otras visiones semejantes a las pasadas*



OS QUE NO SON MUY CURSADOS en las divinas letras y topan a cada paso en dificultades que su poco estudio les ofrece, podrían dudar si las visiones o revelaciones del capítulo pasado fueron ciertas o sólo ilusión de la fantasía por haber sido en sueños, y no en vela, donde los sentidos, así interiores como exteriores, usan de su facultad y naturaleza; porque dormido un hombre parece que también todos los sentidos duermen, pues están suspensos de sus naturales acciones. Pero para los que leen y son doctos no tengo que satisfacer en esto; pues saben que el rey Faraón vido en sueños la visión de las espigas y vacas, unas gruesas y gordas, y otras chupadas y flacas,¹ que aunque la inteligencia de visión no fue suya, sino del santo patriarca Joseph, fue el caso en sí cierto y verdadero, y fue esta visión en sueños. También cuando Abimelech, rey de Gerara, quitó la mujer a Abraham, dice la Sagrada Escritura² que le apareció Dios en sueño y amenazó de muerte, si no se la volvía. Daniel³ dice en el capítulo séptimo de sus *Profecías* que vio en sueños una lucha de los cuatro vientos del cielo, que fueron cuatro reinos que le mostró Dios con las cosas que había de sucederles. Jacob tuvo también mandamiento de Dios en sueños, de ir al reino de Egipto, donde estaba su hijo Joseph, y donde había de multiplicar su generación en mucho número y gentío.⁴ Y en el testamento nuevo leemos del santísimo Joseph, esposo de la siempre virgen y soberana María, que en sueños le habló el ángel y le mandó lo que había de hacer.⁵ Y concluyendo con esta clara y manifiesta prueba dice Dios en el *Libro de los números*,⁶ hablando con Aarón y María su hermana: Si

¹ Genes. 41

² Genes. 20.

³ Dan. 7.

⁴ Genes. 46.

⁵ Math. 2.

⁶ Num. 2, 6.

entre vosotros hubiere algún profeta del Señor, le hablaré en visión o en sueños le manifestaré mi gusto y voluntad. De manera que una de las maneras de revelaciones que Dios tiene comunicadas a los hombres es en sueños; porque como para el poder de Dios no hay estorbo, ni impedimento, no hace al caso que uno duerma para manifestarle sus divinos y celestiales secretos, porque de cualquier manera le puede hacer sabidor de ellos y los hace verdaderos como son también los que comunica, en visión clara, a personas vigilantes y despiertas.

Siendo pues esto así digo que las que mi padre fray Martín tuvo no serían ilusión de la fantasía, sino cosas comunicadas de Dios, para que dichas a los hombres de aquellos tiempos se animasen a buscar medios para conseguir el descubrimiento de las tales gentes, que por ventura quería Dios que de ellos se tuviese ya noticia, por aquel modo y aun para que más se animasen el varón de Dios a desear la conversión de aquellas gentes, apeteciendo la comunicación y presencia de aquellos gentiles idólatras que parecían de mayor capacidad y talento que éstos de esta Nueva España; porque como el varón santo fray Martín era hombre de grande espíritu y de alta contemplación y continua oración, y muy ferviente en el amor de Dios; afligíase a veces y congojábase interiormente en ver la tibieza y frialdad que los indios de esta Nueva España, por su bajo talento mostraban en su conversión a Dios (puesto que todos recibieron la fe cristiana y sacro bautismo) y cuán poca aptitud tenían para el ejercicio de la santa oración y contemplación, por las grandes opresiones que tenían y trabajos en que nuestros españoles los ejercitaban. Por esta causa deseaba verse con otros infieles más capaces, y varones en cuya doctrina pudiese emplear el espíritu, que el Señor le comunicaba y hallar en ellos a los principios resistencia para ofrecer su vida y recibir la muerte con algún género de martirio, por verdad de la fe de Jesucristo. Y crecióle más este deseo cuando por las visiones contadas fue el Señor servido de mostrarle aquellas nuevas gentes tan capaces de razón, teniendo entendido que era su voluntad llevarlo entre ellas. Mas como no fuese ésta (según por lo sucedido se vido) antes con muy claras señales mostró el Señor no solamente a fray Martín, mas también a sus compañeros, que no era su voluntad que desamparasen a estos indios, para cuya conversión fueron llamados, ni que se empleasen en otra gente, como en efecto no lo permitió, aunque ellos lo intentaron; consolábalos el benignísimo Señor, en este su penoso apostolado, con lo que en una parte de aquellas visiones certificaba que, finalmente, aunque con algún trabajo, disgusto y dificultad, estos sus espirituales hijos de la Nueva España pasaban el río de su frialdad y tibieza, y llegaban al puerto con que se conseguía el deseado fruto de sus trabajos y con más mérito de los obreros; pues es cierto que a los mayores trabajos que por Dios se toman, corresponde mayor premio, como lo dice el Apóstol.⁷

Al propósito de esto vio el siervo de Dios otra visión, cerca de los indios de esta Nueva España, en la manera siguiente: vio una noche durmiendo

⁷ 1. Ad Cor. 3.

una manada de ovejas en un valle lleno de yerba, y hacía frío, que había nevado y la yerba de el valle estaba como cubierta de nieve; pero era yerba verde y buena. Al cabo de aquel valle vio una iglesia hacia donde iban las ovejas paciendole de aquella yerba; mas por causa de el mucho frío y de la nieve, pacían con pena y trabajo, porque a vueltas de la yerba gustabán y comían de la nieve; y así rumiando y paciendole llegaron a la iglesia y se entraron en ella. Fuele luego dicho en espíritu que aquel valle era esta tierra de la Nueva España y las ovejas los indios naturales de ella, que pacían la yerba con el hielo y nieve; esto es, que oían y recibían la doctrina con mucha tibieza y hielo de espíritu; pero así con este trabajo todavía iban adelante gustando de ella, aunque mezclada de frialdad y tibieza, hasta llegar a la iglesia que es a la fe católica y gremio de la iglesia, no quedando fuera de ella, pues son cristianos y bautizados.

De esto se colige que no sólo es meritorio el trabajo de parte de los que los instruyen y administran, mas que también es mucha la ganancia de parte de esos mismos naturales que, como cuesta arriba y con opresión, son llevados y metidos en la iglesia; y de la necesidad hacen virtud, lo cual es mejor que no que nunca se hagan aptos para venir a la virtud, y que sin ella se vayan al infierno. Y como en los vicios la costumbre es otra naturaleza, así y mucho más en las virtudes, haciendo unos y otros actos (aunque sean cuesta arriba) aquellos actos convertidos en costumbre se hacen como cosa natural, y con facilidad y prontitud se ejercitan y ponen por obra; porque según el Filósofo el hábito facilita la potencia o para el bien o para el mal; de suerte que ya es muy dificultoso al hombre dejar de ejercitar la virtud; porque ya la tiene adquirida como condición natural por la mucha fuerza y violencia que a los principios se hizo; de tal manera que no solamente el espíritu se inclina a los ejercicios espirituales, pero aun mucho más la carne, conforme a aquello de el salmista: *Sitivit⁸ in te Anima mea, quam multipliciter tibi caro mea*. Como quien dice: ¡Oh mi Dios, mi ánima tuvo sed de la virtud en vos y mi carne mucho más! Así vemos ya en algunos de estos naturales indios, mucha continuación y ejercicio en las cosas de virtud, mucha frecuentación de los sacramentos y firmeza en las cosas de nuestra fe, que a los principios se les hacía muy grave. Y algunos se hallan que se dan muy de veras a la oración mental y contemplación. Estos casos, con esto último de este capítulo, es de el bendito fray Francisco Ximénez, que lo escribió habrá cerca de sesenta años y después acá lo hemos visto verificado en el aprovechamiento de los indios.

Estando en España el varón de Dios fray Martín, en el monasterio de Nuestra Señora de Monte Coeli, le fue revelado y vio en visión una cosa que era ofensa de Dios y en mucho perjuicio de los prójimos si no se remediara, y por industria de el varón santo se remedió, a gloria de nuestro señor. Otras muchas revelaciones vio que por evitar prolijidad no se ponen aquí y se callan.

⁸ Psal. 62.